

La promesa del Espíritu Santo (Juan 16:5-7)

El ministerio terrenal del Señor estaba llegando a su consumación, y él estaba aprovechando las últimas horas para instruir a sus apóstoles a fin de prepararlos para la nueva etapa que comenzaría para ellos una vez que el Maestro regresara triunfante a su gloria eterna. A partir de ese momento ellos tendrían la responsabilidad de llevar el Evangelio hasta lo último de la tierra.

El Señor, en un acto de auténtica honestidad, no les ocultó las dificultades que habrían de enfrentar en esa misión. Acabamos de ver que serían expulsados de las sinagogas y que los matarían. Todo esto formaba parte de una estrategia bien calculada por el enemigo de nuestras almas. Y de hecho, fue exactamente así como ocurrió. La sinagoga judía persiguió insistentemente a los creyentes, tratando de impedirles que proclamaran el evangelio a los judíos, pero además de eso, también los acusaron frente a las autoridades romanas para que no pudieran disfrutar de los privilegios legales que como judíos habían alcanzado, como la exención de adorar al emperador u otras libertades religiosas.

Todo esto sería una dura prueba para su fe. Ellos tendrían que demostrar si su fidelidad era a un sistema religioso o a la persona de Cristo. Y, por supuesto, la misma prueba ha de ser enfrentada por los creyentes de todos los tiempos.

Ahora bien, en aquellos momentos los discípulos también tenían que luchar con la tristeza que les producía la partida del Señor. Veamos cómo el Señor trata estos asuntos con ellos.

Cuando el dolor nos impide ver la realidad

(Jn 16:5-6) “Pero ahora voy al que me envió; y ninguno de vosotros me pregunta: ¿A dónde vas? Antes, porque os he dicho estas cosas, tristeza ha llenado vuestro corazón.”

Los apóstoles habían estado muy activos haciendo preguntas a lo largo de aquella noche, pero desde hacía un buen rato (**Jn 14:22**) habían guardado silencio mientras escuchaban lo que Jesús decía. ¿A qué se debía ese silencio?

Por las palabras del Señor deducimos que ellos se sentían tristes por el anuncio reiterado de su partida. Esto era un grave problema, y lo era porque ellos estaban enfocando de una manera incorrecta las palabras de Jesús. Lo que les preocupaba era el hecho de que él se iba, pero no estaban prestando atención a dónde iba ni lo que iba a hacer. En esos momentos sólo se concentraban en el dolor que a ellos les causaba la partida del Señor. Ninguno mostró algún tipo de empatía por la situación que el Señor iba a atravesar en unas horas; estaban demasiado absortos pensando en su propio dolor. Esta es una actitud demasiado frecuente en el ser humano, y también en los creyentes, pero no lo olvidemos, vivir centrados en nosotros mismos siempre nos impedirá ver con claridad cualquier situación por la que atravesemos y nos privará de ser útiles a otros.

Por esa razón el Señor intentó reconducir sus pensamientos. La pregunta que ellos parecían estar haciéndose tenía que ver con el hecho de “¿por qué te vas?”, algo que no les agradaba, cuando en realidad deberían haber pensado en “¿a dónde vas?”. Es cierto que Pedro había hecho esa pregunta durante esa misma noche (**Jn 13:36**), y una cuestión similar estaba implícita en la queja de Tomás (**Jn 14:5**), pero ya no la estaban haciendo. En realidad, aunque sí que habían preguntado con anterioridad al Señor sobre ese asunto, nunca parecieron estar realmente interesados en saber el lugar al que Jesús

iba, sino que únicamente estaban preocupados por el efecto que su partida iba a tener sobre ellos. Por esta razón el Señor vuelve nuevamente sobre ese tema, porque allí estaba la clave de todo: ¿a dónde iba el Señor? ¿En qué condiciones y con qué propósito iba allí?

Notemos bien lo que el Señor les dijo: *“ahora voy al que me envió”*. Él les estaba hablando de un mundo espiritual en el que iba a entrar, un mundo que por el momento era irreal e incierto para los discípulos.

Como tantas veces ocurre, su propia teología les impedía entender lo que el Señor les estaba intentando decir. Tanto los discípulos, como el pueblo judío en general, se habían forjado una idea completamente material del reino mesiánico. Sólo podían concebir un Mesías victorioso que doblegara a sus enemigos con increíble poder. Desde ese punto de vista, la muerte del Mesías en una cruz no tenían ningún sentido, y tampoco su partida al Padre en el cielo, teniendo que esperar a que regresara para establecer firmemente su reino terrenal. Por supuesto, todos estos detalles del programa mesiánico habían sido anunciados en el Antiguo Testamento, pero prefirieron dejarlos a un lado para pensar únicamente en aquellas otras profecías que se centraban en el triunfo final del Mesías.

Ahora los discípulos tendrían que despojarse de su modelo teológico erróneo para aceptar el que Jesús estaba anunciándoles como correcto. ¡Qué difícil les estaba resultando todo esto! Cualquier persona que haya pasado por un proceso similar sabe lo costoso que esto puede resultar.

¿Cuánto del discurso de Jesús sobre su partida al Padre estaban entendiendo los discípulos en este momento? Parece que muy poco. Ellos habían llegado a la conclusión de que cuando Jesús hablaba de su *“partida”* se estaba refiriendo a su *“muerte”* (**Jn 13:36-37**), pero no alcanzaban a ver que también implicaba su regreso a la gloria que había compartido con el Padre durante toda la eternidad (**Jn 17:5**). Tampoco entendieron que la misión que le había sido encomendada estaba a punto de finalizar.

No eran conscientes de que las decisiones relativas a este mundo material que los hombres habitamos se toman en el cielo y no sobre la tierra, y que por lo tanto, era necesario regresar al centro de poder para establecer el futuro del reino de Dios en la tierra. Sería allí donde los increíbles hechos de la muerte y la resurrección de Cristo habían de ser presentados a fin de que establecieran el fundamento sólido del reino de Cristo. Era allí, en el cielo, junto a su Padre, donde la misión que le había sido encomendada debía finalizar una vez concluido su trabajo. La clave para entender las palabras de Jesús estaba en entender la Obra de la Cruz en su conjunto, y esto, por el momento, les estaba velado a los discípulos.

Como venimos diciendo, ellos seguían pensando en términos puramente materiales. ¿Por qué Cristo tenía que partir? ¿No sería mejor que Cristo se quedara en este mundo para encabezar el testimonio de él en este mundo? Ellos se sentían sumidos en el dolor pensando que no podrían andar el camino que Jesús les había trazado sin él a su lado.

Bendiciones en los problemas

(Jn 16:7) *“Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré.”*

La superación de la tristeza y del miedo ante el futuro era uno de los propósitos centrales de todo el discurso de Cristo.

Prestemos atención a la frase que utiliza aquí el Señor: *“Pero yo os digo la verdad”*. En contraste con los equivocados planteamientos de los discípulos, el Señor les iba a mostrar cuál era el modo en el que realmente debían entender la situación presente.

Inmediatamente comprobamos una vez más que aunque ninguno de ellos se preocupaba por él, él no dejaba de preocuparse por ellos. Notemos sus palabras: *“Os conviene que yo me vaya”*.

Ahora bien, ¿por qué les dijo que les convenía que él se fuera?

I. La razón por la que Jesús debía irse

La partida del Señor junto al Padre implicaba la finalización de la obra de salvación que Cristo había venido a realizar. Por lo tanto, su partida debía ser considerada como algo que les convenía. Sólo de ese modo, ellos, y también todos nosotros, podemos beneficiarnos de las increíbles bendiciones espirituales que están asociadas a ese hecho.

Si después de morir en la cruz Cristo no regresaba al que le había enviado, todo quedaría igual: los judíos bajo la ley de Moisés, los paganos en su ceguera, y todos bajo el pecado y la muerte. Es más, la venida de Cristo a este mundo no habría servido de nada.

Pero los discípulos seguían luchando con lo que el Señor les quería decir. Ellos se sentían cómodos con la presencia física del Señor a su lado y no veían sentido a seguir adelante sin que él estuviera a su lado. Necesitaban verle y sentirle de manera física. Pensando en su ausencia y los problemas por los que tendrían que atravesar, parece como si ya se lamentaran anticipadamente, tal como antes lo habían hecho las hermanas de Lázaro: *“si hubieras estado aquí...” (Jn 11:21,32)*. Se habían encariñado con la presencia del Señor y seguían pensando en perpetuar ese momento para siempre. Como dijo Pedro en el monte de la transfiguración: *“Maestro, bueno es para nosotros que estemos aquí; y hagamos tres enramadas” (Mr 9:5)*.

Pero mientras ellos se resistían a abandonar su zona de confort, el Señor quería llevarlos a disfrutar de mayores bendiciones. Tenían que entender que la ausencia del Señor serviría a los propósitos divinos de una manera mucho más eficaz. Tal como les va a decir a continuación: *“si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré”*.

Jesús quería sacar a sus discípulos de esa melancólica tristeza que sentían cada vez que él les hablaba de su partida, y para ello procura hacerles comprender que su regreso a la gloria era la condición indispensable para que pudiera enviarles el Espíritu Santo.

¡Cuán a menudo magnificamos tanto nuestros problemas que detenemos las bendiciones que Dios nos quiere traer con ellos! Ellos veían con tristeza su muerte, y eso les impedía ver la gloria de su resurrección, ascensión y exaltación a la gloria suprema, pero también les privaba de la esperanza en la promesa del Espíritu Santo.

Una importante enseñanza de las Escrituras es que gracias a la providencia divina los creyentes siempre podemos contar las pérdidas como ganancias. Como el Señor dijo: *“todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará” (Mr 8:35)*. Y podemos decir lo mismo de otras muchas circunstancias que nos acontecen, como por ejemplo decepciones, enfermedades, reveses financieros, persecución... Dios puede usar cada una de esas cosas para nuestro crecimiento espiritual. Como escribió el apóstol Pablo: *“Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien” (Ro 8:28)*.

2. ¿Por qué el Espíritu Santo no vendría hasta que Cristo fuera glorificado?

Hay aquí un asunto en el que debemos reflexionar: ¿Por qué el Consolador no podría venir hasta que Cristo ascendiera al cielo? ¿A qué era debida esta imposibilidad? ¿Acaso se oponen la presencia de Jesús y la del Espíritu Santo?

No hay ninguna razón metafísica por la que Jesús y el Espíritu Santo no pudieran ministrar simultáneamente al pueblo de Dios. De hecho, una vez que el Señor había muerto y resucitado, se presentó a sus discípulos y *“sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo” (Jn 20:22)*. Por supuesto, esto fue una bendición temporal y parcial, pero prueban el hecho de que ambas Personas de la Trinidad podían actuar simultáneamente en este mundo. Entonces, ¿por qué era necesario que ascendiera al cielo para que pudiera enviar al Espíritu Santo de manera completa y definitiva?

Bueno, esto es lo que el Señor estaba afirmando aquí: *“si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros”*; lo que coincide con lo que el evangelista ya había dicho en una ocasión anterior: *“aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado” (Jn 7:39)*. Notamos que en ambas citas la venida del Espíritu Santo se asocia con la glorificación del Hijo en el cielo.

Para comprender esto debemos entender primero que el Espíritu Santo no puede morar en las personas de forma permanente en tanto que el pecado no ha sido limpiado, por lo tanto, hasta que el Señor hubiera finalizado su obra de redención, los hombres no podrían llegar a disfrutar de ese estado de limpieza que permite la morada del Santo Espíritu de Dios en hombres pecadores.

También debemos tener en cuenta que la misión especial del Espíritu Santo es la de aplicar todos los beneficios de la obra salvadora de Cristo en las vidas de los creyentes, y eso tampoco se podía hacer en tanto que Cristo no hubiera completado dicha obra. Además, la misión principal del Espíritu Santo en los creyentes es descrita a continuación por el Señor en estos términos: *“El me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber” (Jn 16:14)*. Por lo tanto, el principal ministerio del Espíritu es revelar a Cristo y su obra a fin de que los hombres le conozcan y lleguen a adorarlo de una manera apropiada. Por eso, su venida en plenitud debía esperar la realización completa y final de la obra redentora de Jesús.

Pero hay otra razón más por la que el Espíritu no vendría hasta que Cristo fuera glorificado. Debemos recordar que el Señor les había hecho *“la promesa del Espíritu Santo”* en varias ocasiones, por lo tanto, su presencia en la vida de los creyentes serviría para dar testimonio del hecho de que Jesús realmente había ascendido al cielo y había sido glorificado junto con el Padre una vez que su Obra de salvación había sido realizada y aprobada por el Padre. Por lo tanto, la presencia del Espíritu Santo en los creyentes es una evidencia más de que Cristo ascendió al cielo después de haber vencido a la muerte.

La venida del Espíritu Santo de esta manera plena y abundante marcaría un hito muy importante en los planes de Dios en relación con el establecimiento de su reino en este mundo. Muchas de las promesas bíblicas que encontramos en el Antiguo Testamento enfatizaban el hecho de que la presencia del Espíritu Santo sería una de las características del Reino de Dios en los últimos tiempos: Isaías habló del día en que sería *“derramado el Espíritu de lo alto” (Is 32:15)*. En otra ocasión Dios prometió: *“Yo derramaré aguas sobre el sequedal, y ríos sobre la tierra árida; mi Espíritu derramaré sobre tu generación, y mi bendición sobre tus renuevos” (Is 44:3)*. Expresiones similares fueron registradas por Ezequiel: *“Y sabrán que yo soy Jehová su Dios... porque habré derramado de mi espíritu sobre la casa de Israel” (Ez 39:28-29)*. Podría consultarse también **(Ez 11:17-20) (Ez 36:24-27) (Ez 37:1-14) (Jl 2:28-32)**. Finalmente, Juan el Bautista, el último profeta del

antiguo orden, resume esta expectativa en esa expresión que nos es tan familiar y que atribuye el derramamiento del Espíritu al propio Mesías: “Yo a la verdad os he bautizado con agua; pero él os bautizará con Espíritu Santo” (Mr 1:8).

Podemos decir que este derramamiento o bautismo del Espíritu Santo había de ser una de las bendiciones principales y distintivas de la nueva era. A tal punto esto es así que Pablo pudo describir la nueva era inaugurada por Jesús como “el ministerio del Espíritu” (2 Co 3:8).

Con esto no queremos decir que el Espíritu Santo no haya tenido actividad previa en este mundo. Sin embargo, había sido predicho por algunos de los profetas que en los tiempos del Mesías Dios concedería un generoso derramamiento del Espíritu Santo que habría de ser nuevo y distintivo, y que sería puesto a disposición de todos.

Veamos la profecía de Joel que el apóstol Pedro citó en su primera predicación de la era cristiana (Hch 2:16-21).

(Jl 2:28-32) “Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. Y también sobre los siervos y sobre las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días. Y daré prodigios en el cielo y en la tierra, sangre, y fuego, y columnas de humo. El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día grande y espantoso de Jehová. Y todo aquel que invocare el nombre de Jehová será salvo; porque en el monte de Sion y en Jerusalén habrá salvación, como ha dicho Jehová, y entre el remanente al cual él habrá llamado.”

Pedro citó esta profecía para explicar que el día del Señor vendría precedido por tres acontecimientos de una dimensión e importancia universales. Sin embargo, estos sucesos serían tan distintos entre sí que sería imposible imaginar que sucedieran al mismo tiempo. Tampoco especifica cuánto tiempo transcurriría entre ellos. Veamos cuáles serían estos acontecimientos:

- Un derramamiento sin precedentes del Espíritu Santo.
- Una alteración sobrenatural de los procesos terrenales: cataclismos espantosos, tanto cósmicos como terrenales.
- La promesa de la salvación para cualquiera que invocara el nombre del Señor.

En ese momento Pedro anunció a la asombrada multitud que se había reunido en las calles de Jerusalén que Dios estaba cumpliendo allí mismo la primera parte de su promesa y les anunció la salvación prometida. Algunos ya habían recibido aquel don de la gracia, y ellos también podrían obtenerlo si lo deseaban.

(Hch 2:38) “Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo.”

La presencia del Espíritu Santo en sus vidas sería la señal y garantía de una herencia infinita e incorruptible. Ya no tendrían que temer la llegada del día del Señor con todos sus juicios terribles.

Además, esta sería una bendición universal: “derramaré de mi Espíritu sobre toda carne”. En los tiempos del Antiguo Testamento el Espíritu Santo había descendido solamente sobre ciertas personas, inspirándoles para realizar tareas difíciles y poderosas, o para transmitir palabras de autoridad profética: Bezaleel en (Ex 31:1-5) para hacer obras de arte. Jueces como Otoniel (Jue 3:9-11) o Gedeón (Jue 6:33-34) para enfrentar enemigos,

e incluso Saúl (**1 S 11:6**) para reunir al pueblo para enfrentar a los amonitas y salvar a Jabes de Galaad, y aun para profetizar en (**1 S 19:23-24**). Pero ahora se ofrecía el Espíritu Santo a todos, indiscriminadamente: a hombres y mujeres, ancianos y jóvenes, sin distinción.

3. ¿Por qué convenía que se fuera?

El Señor estaba viendo las mentes de sus discípulos aplastadas por el dolor que les causaba su partida y quiso consolarles. Por el momento lo que les dice es: “*Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros*”. La verdad es que sólo les anunció la venida del Espíritu Santo, el Consolador, sin darles más detalles de la labor que él realizaría en ellos, pero nosotros, que vivimos a este lado de la historia, sabemos la indescriptible bendición que el Espíritu Santo ha traído a las vidas de los creyentes en todos los tiempos.

Es evidente que si Cristo hubiera permanecido en la tierra, su presencia corporal estaría confinada a un solo lugar, mientras que el Espíritu Santo no conoce esta limitación, y siendo omnipresente puede estar en el corazón de todos los creyentes al mismo tiempo.

Por otro lado, la ausencia física del Señor nos ayuda a crecer en la fe de una forma mucho mayor que si todavía estuviera a nuestro lado. Para los apóstoles la presencia del Señor con ellos les ofrecía un marco de seguridad que les impedía avanzar más en su fe. Sólo tenemos que ver cómo después de su partida ellos crecieron de una manera asombrosa, mostrando más conocimiento, esperanza, celo y valor que mientras estuvo con ellos.

Pero todo esto sólo sería posible por la obra interior del Espíritu Santo en los creyentes. En primer lugar habitaría de forma permanente en ellos (**Jn 14:16-17**). Obraría en ellos el nuevo nacimiento (**Jn 3:5**). Les daría el poder para cumplir con los justos requisitos de la ley de Dios (**Ro 8:4**). Les guiaría a adorar a Dios de la forma en que a él le agrada (**Jn 4:23**). Les instruiría y enseñaría toda la verdad (**Jn 14:26**) (**Jn 16:13**). Les capacitaría para proclamar el Evangelio con denuedo (**Hch 1:8**) (**Hch 4:31**), incluso en tiempos de persecución (**Lc 12:11-12**). Les daría dones con los cuales podrían servirle de diferentes maneras (**Ef 4:7-12**).

Todos sabemos que después del arresto de Jesús y su muerte en la cruz el apóstol Pedro había quedado hundido por su pecado, desalentado y lleno de temor. Pero tan sólo unas semanas después lo encontramos junto a los otros once predicando con una increíble valentía en el Nombre de Jesús a aquellos que días antes habían pedido la crucifixión de Jesús. ¿Qué había ocurrido con aquellos hombres? Pues básicamente que habían recibido “*la promesa del Espíritu*” y habían sido completamente transformados.